

Vargas Llosa Confirma su Talento

CUANDO Mario Vargas Llosa publicó *La ciudad y los perros* pudo verosímilmente dudarse acerca de si esa gran novela no era, asimismo, la novela única, esa solitaria novela autobiográfica que suele marcar, a punto inicial y máximo, la irrupción de un escritor. Es cierto que Vargas Llosa había lanzado ya, antes un tomito de cuentos, *Los jefes*, que casi todos hemos conocido luego de aquella novela y en segunda edición, por el prestigio que retrospectivamente arroja sobre una obra menor el éxito que le ha seguido. Pero, aún con dos libros, Vargas Llosa —escritor de madurez excepcionalmente temprana— había saltado demasiado repentinamente a la fama para que no lo acompañase la perplejidad connatural a todas las revelaciones súbitas.

La casa verde (Seix-Barral, distribuye Alfa, Barcelona, 1966, 430 pp.) despeja esa incógnita y Vargas Llosa confirma de una vez por todas su puesto de primera fila entre los narradores latinoamericanos de hoy. Cuando se conoció *La ciudad y los perros*, ese sitio lo obtuvo Vargas por una arrolladora facilidad (y felicidad) de narrar, que se sobreponía generosamente a las tensiones, violencias y crueldades



VARGAS LLOSA
El rédito de una vida

del asunto, que disimulaba la flojera de algunos trozos de estudiantina sentimental. *La casa verde* es un libro cuidadosamente planeado, armado por una mano sabia y calculadora, por un ingenio que domina (e inventa) los secretos del experimento novelesco. Pero, ¿es un libro tan impetuoso y avasallante, tan impetuoso y sin reticencias como *La ciudad y los perros*? Tal la pregunta a la que el resto de esta nota tendría que dar respuesta.

En un prólogo escrito originariamente para *Yawar Fiesta* y publicado luego como portada de la edición cubana de *Los ríos profundos*

(Casa de las Américas, 1965) Vargas Llosa estudia, a propósito de la obra de José María Arguedas, las características exigibles a una literatura peruana que trate de expresar al indio: desecha por igual al indio ornamental de los modernistas (García Calderón, López Albújar) visto como tema de composición literaria, y tratado con una actitud esencial de frívola curiosidad y de desdén, y al indio reivindicado por los nativistas, figura casi panfletaria, no menos maniqueísta que la de los antecesores, peor escrita por añadidura. "Ambas ficciones expresan un mundo por la más frágil y provisional de sus características: el decorado", dice Vargas Llosa. Y apunta que recién con la obra de Arguedas se logra "remplazar los indios abstractos y subjetivos que crearon modernistas e indigenistas, por personajes reales, es decir, seres concretos, objetivos, situados social e históricamente". Se trata, "en otras palabras, de describir al indígena en situación, dentro de un marco geográfico y social variable y según el cual es inteligible su conducta". Importa entonces dar con veracidad el paisaje, los contextos vitales, las condicionantes ambientales.

La casa verde no quiere ser una enciclopedia abreviada de los tipos humanos del Perú, por supuesto; pero en el escenario en que transcurre (el norte, desde la vecindad costera de Piura, con su lluvia de arena, hasta Iquitos, ya muy adentro en el Marañón) hay dunas, sierra y selva, hay blancos, hay chuchos, hay huambisas. Ese es el piélago demostrativamente propuesto, abierto en abanico ante los ojos del lector; pero hay otro, no menos efectivo, no menos instalado y seguramente más tramoyado: el del tiempo. *La casa verde* es un experimento novelesco tendido sobre el tiempo, jugando con el sentido de las inconexiones, de los anacronismos, de los complementos y las distorsiones que tal dimensión prohija. Por eso tiene razón el autor de la solapa de Seix-Barral cuando proclama que "*La casa verde* es seguramente una novela más ambiciosa en todos los aspectos que *La ciudad y los perros*". El calificativo es literariamente equívoco, pero es innegable que la ambición, como actitud del creador, cuenta aquí más que en ninguna otra de sus empresas. Rayuela ha abierto el ciclo de las grandes novelas hispanoamericanas de aliento y los mejores escritores del continente parecen dispuestos a inscribirse en él.

La casa verde es, además, y en un sentido instrumental coadyuvante, un repertorio de procedimientos: la edad del monólogo interior queda anticuada, en este trajín formal que vetea diálogos, que los tritura y macera en el contexto descriptivo, que los sumerge o imbrica uno en otro, que entrelaza las situaciones actuales y las evocadas, que corta, que retoma, que arranca en un punto máximo y se abstiene de explicar, de dar pautas inteligibles, de alcanzar oficiosa, comedida, servicialmente elementos para la comprensión más cómoda. Si Cortázar habló, al referirse a *Rayuela*, de un lector-hembra o pasivo y de un lector activo y cómplice, implicado en las peripecias formales de la escritura, *La casa verde* reclama esta última índole de lector en mayor medida acaso que ninguna novela latinoamericana

contemporánea. El público montevideano de *La ciudad y los perros* se ha lanzado en estos días apresuradamente sobre *La casa verde*: nos imaginamos el tendal de los desencantados, de los rechazados por las complejidades (complejidades de escritura, situación y, en definitiva, intelección de lo leído; complejidades que radican en un estrato más profundo que el de las simples dificultades verbales), de los interrumpidos en la lectura de esta novela. Porque ella es, sin aparatosidades, una de las más difíciles que nos proponga hoy la literatura de habla española; a la temprana edad de este escritor, tal verificación apareja un compromiso, un emplazamiento, una exigencia de nivel a mantener, que parecen realmente engorrosos. "Con estas dos novelas ya escritas a los treinta años, no quisiera estar en su pellejo", me dijo un amigo español. Lo con-



sidero un comentario simpatizante, alarmado y justo, sobre las hostigadas secuencias de carrera tan singular.

Las dificultades se cifran por igual en la estructura del libro, en la vastedad de su mundo, en la diversidad de las alusiones y a veces en los inexplicitos localismos del vocabulario (Vargas detesta el lexicón de los nativistas, la bastardilla que hace sonar a novelaría fonética, a recarga de acento las palabras que en el habla evocada suenan con la mayor llaneza). Nunca, en cambio, tales dificultades fincan en el arrebató verbal, en la henchida oscuridad torrentosa o en el extenso recamado de una frase. Rara vez Vargas las compone por encima o al margen de lo más sólido.

El mundo de *La casa verde* es anchísimo y pulula en temas; el que da título al libro ha

valido para toda una novela de Onetti, *Junctadáveres*, a la que muchos fragmentos de este libro se acercan: el Padre García de Vargas Llosa es el Padre Bergner de Santa María, etc. La novela opera como un corte transversal de ese mundo, exhibe sus distintas vetas en el espacio y en el tiempo. A cada uno de esos temas corresponde un mundo físico dado con precisión: nocturno o auroral, pero siempre árido y ardido en Piura; pesado, denso y caliginoso en la selva; dinámico y de pulsación arterial en los viajes por los grandes ríos. Los vahos, los olores, los hedores de ese mundo suelen tener una condición protagónica que escasamente asume el personaje de turno: ese frugal, esquemático, espasmódico personaje novelesco que es Anselmo, que es la ciega, que es Bonifacia-Selvática, que es Fushia, que es el Sargento, que es Aquilino; esa caricatura de la codicia que es Reátegui en busca del jebé. Cuando el lector avanza en el libro y se habitúa a su alternación de narraciones, descubre los enlaces que de algún modo comunican las confinadas experiencias que el autor evoca y las asume como un haz, extrayendo de ellas una suerte de gigantesca metáfora sobre la miseria, la incomunicación, la soledad, el deterioro y el desprestigio de la condición humana, que dicen la trasvisible pero evidente moraleja del libro.

Acaso a muchos de sus lectores pertinaces, *La casa verde* parezca un libro frenado: sólo en algunas contadas secuencias (la muerte de Seminario, la pendencia tras la muerte del arpista, la llegada de Anselmo a Piura) Vargas Llosa se despliega y cuenta hasta un fin al que él y el lector lleguen juntos. Casi siempre lo abandona antes: o, como en el remoto incendio de *La casa verde*, casi no le cuenta, para preservar un aura de misterio, desmemoria o conjetura que jugará luego en la noble madurez del arpista, el mejor personaje del libro. La desilusión resulta tal vez inevitable, a una de estas dos puntas: o el lector renuncia a contender con las dificultades del libro y se queda más acá de él, o combate con ellas, las posee y domina, y entonces puede ser la materia explícita del libro la que se quede más acá de las apetencias últimas de ese lector. La materia explícita, decimos, porque la entrevista, propuesta, casi escamoteada, esplende como inagotable; como veneno de asuntos, como pilar de un ciclo novelesco, como primera prueba de un mundo, *La casa verde* es seguramente una de las experiencias menos expresadas y agobiadas de la literatura contemporánea. Dicho sea en honor de su autor, que está apenas —a lo que parece— adentrándose en esa mina de profundidades insondables. El libro contiene en sus cuatrocientas treinta y tres hojas todo un mundo, puede prometerlo y fiarlo a más y más páginas, como la fuente de una novela-río. Y aún así, tal cual está, con sus esquematismos, con sus cortes abruptos, con sus hiatos difícilmente colmables, entrega —si se sabe leerlo sin impaciencias— el verdadero rédito de la vida. ¿Qué más se le puede pedir?

CARLOS MARTINEZ MORENO